

DE LIBROS

Cristóbal Colón, pasajero canónico de sus escritos y lecturas.

Ocho años antes del quingentésimo aniversario del descubrimiento de América, Granada se rinde nuevamente a los Reyes Católicos durante el rodaje de la serie televisiva *Cristóbal Colón*. Un irlandés hace de Colón, una estadounidense de la reina Isabel, un inglés del rey Fernando, un sueco del rey Juan, un italiano de Medinaceli, otro inglés de Martín Pinzón y un sinnúmero de extras granadinos recoge los pasos de sus antepasados. España solamente provee los escenarios naturales para la serie. Los elaboradores del guión (argentinos e italianos) manifiestan que su versión "se ciñe a textos rigurosamente históricos".

Si se añade a esto los proyectados homenajes en Cuba, España y los Estados Unidos por los quinientos años —y aún el anunciado "Cristóbal Novato" de Carlos Fuentes— se está ante un conjunto de circunstancias que da una visión sucinta y bastante representativa de la apropiación histórica, crítica, nacional, internacional y estética de Colón y la textualidad que le incumbe. Es por otro lado una expresión de los continuos intentos seculares de fijar la monumentalidad de Colón, del deseo de desconstruirlo sin socavarlo, de continuar las aventuras "civilizacionales" de un mundo en otro, de juegos de conceptos. Precisamente, esto se confirma en la reciente *Contributi alla bibliografia colombiana* (1980) de Gabriela De Paoli, y hace poco (1983) Ezquerra Abadía ha publicado una puesta al día selecta de los textos (libros, por lo general, mas no los artículos aquí anotados) que se han publicado sobre Colón entre 1930-1982.

▲ *Cristóbal Colón: Textos y documentos completos. Relaciones de Viajes, cartas y memoriales.* Alianza Editorial, Madrid, 1982.

La publicación que aquí se comenta de Cristóbal Colón, salva a la voz colombina que normalmente se ha perdido entre los textos críticos sobre el Almirante. Si en España el nuevo destino extra-peninsular motivó un cambio cuantitativo y una profunda renovación cualitativa, estos textos muestran que en Colón surgía una ambigua duplicidad marítima en una lógica de sobrevivir y morir; progreso materialista en la apertura de un tiempo/espacio nuevo y "otro", más una ida y vuelta a un corpus de narrativa mítica que considera al mar como fuente de existencia y símbolo de lo perecedero. Si los críticos utilizan el concepto de descubrimiento para analizar un todo social, que complejos culturales individuales o colectivos (en igualdad o desigualdad) realizan entre sí, estos *Textos* también muestran que para Colón pensar en el descubrimiento (antes y después del hecho) era cuestionar la historia interna del suceso y procurar fundamentar su visión de mundos posibles en un elogio de un pasado no exagerado y sin desprecio de su presente.

Esta edición se diferencia de sus contemporáneas en su accesibilidad y formato. Este ordena cronológicamente noventa documentos (dudosos o no) o sea veintiséis más que en ediciones anteriores —e incluye un glosario, índices, mapas y notas. Tratar ahora los tan conocidos y citados textos de Colón exige otra selectividad. Quedan, sin embargo, dos enclaves sin resolver que agobian siempre al lector de ellos. Uno es cómo se los ha leído y concretizado; otro es qué configuración genérica ayudaría a ubicar al texto colombino fuera de consideraciones canónicas y de poder. Después de releerlo, es difícil acusar a Colón de estancarse totalmente en el renacimiento preso aún de caracteres fantásticos respecto a lo extracontinental. La autodefensa de Colón, claramente entorpecida por la mala lectura, y desoída, no quiso —como se ve por los documentos— ser escuchada. Estos dos problemas son tratados brevemente en el hábil y extenso prólogo de la editora Consuelo Varela, que es otra diferencia que mejora la recepción de estos textos.

Respecto a la configuración genérica, Mignolo (1981) sugiere una revisión del género "crónica" y el término "cartas relatorias" para textos culturalmente marcados como los colombinos.

Cuando se lee en el Diario del Primer Viaje este fragmento (Colón, 1982:99): "El rey se holgó mucho con ver al Almirante alegre y entendió que deseava mucho oro, y díxole por señas que él sabía cerca de allí adónde avía d'ello muy mucho en grande suma, y qu' estuviese de buen corazón, que él daría cuanto oro quisiere (...)" el lector está en verdad ante un problema de lectura. Según Mignolo (1982:59), Colón no intentaba alterar géneros literarios —añádase que probar lo opuesto es darle *a posteriori* una clarividencia cuestionable— ya que el objetivo de hombres como él "no es el de *escribir*, sino el de *descubrir* y el de *conquistar*. Escribir es secundario y, en cierto sentido, una obligación (...)"

Respecto a la lectura y concretización (el primer problema) de esta escritura, estas están pre-codificadas por la literariedad que quieren atribuirle. Es más, la herencia renacentista se lee generalmente de una forma integrada al cristianismo ortodoxo. Dentro de este trasfondo, la lectura del Descubrimiento rara vez se aparta de ser una que ve nuevos espíritus y nuevos instrumentos técnicos-filológicos. Ejemplo reciente de este continuo —al admitir los textos colombinos como "literarios" y su lectura como "moderna"— es la monografía de Jitrik (1983). Este texto merece lectura aparte, ya que ve la "ruptura epistemológica" colombina como precursora de una escritura netamente hispanoamericana. Sin embargo, es una *vox populi* historiográfica decir que hay "destinatarios" (Jitrik, 1983:64) en vez de lectores, o establecer una vinculación "palimpsestica" para el Descubrimiento y la escritura. En oposición, no es reduccionista ni repetitivo argüir que los textos de Colón *no* son un tamiz donde el hacer caprichos narrativos se filtra y se pierde para arrojar, por la borda, únicamente el residuo: los pecios-signos. Si hubo apropiación no sólo fue de la escritura sino también de las lecturas del mismo Colón, tal como lo concretiza lúdicamente Alejo Carpentier en *El arpa y la sombra*.

Más o menos lo mismo ocurre con cartas como la que escribe a los reyes en 1499 (Colón, 1982:239): "de todo esto me acusavan contra toda justicia, como yo dixé y todo esto era porque Vuestras Altezas me aborreciesen a mí y al negocio; mas no fuera así si el autor del descubrir d'ello fuera converso, por-

que conversos enemigos son de la propiedad de Vuestras Altezas y de los cristianos; mas echaron esta fama y tuvieron forma que llegase a se perder del todo (...)" Un lector como Nectario María de la Salle, en su *Cristóbal Colón, el descubridor de América, era español y judío* (1978), hallaría en la cita la reticencia del Almirante sobre su discutido judaísmo. Pero la cita sobre todo recuerda que la crítica ha preferido ocuparse de fragmentos como éste en términos de cómo los ejemplos colombinos de antiautoritarismo pudieron cundir, y de cómo el que sean imitados era un peligro textual a atajar.

En sus *Textos*, Colón da instrucciones, cédulas, poderes, salvoconductos, provisiones, instituye mayorazgos, profetiza y cita autoridades en su *ars combinatoria*. Y así puede Carpentier manipular una cita que Colón toma de Séneca, empleándola como *leitmotiv* colombiano en *El arpa y la sombra*:

Vernán los tardos años del mundo ciertos tiempos en los cuales el mar Océano aflojera los atamentos de las cosas y se abrirá una grande tierra; y un nuevo marinero (...) descubrirá nuevo mundo y entonces non será la isla Tille la postrera de las tierras. (Colón, 1982:262).

Muy conveniente lectura de Colón. Pero de éste el lector extrae además subtextos, ya muy conocidos: la obsesión con el oro, lo nuevo innomable, belleza, lengua, el otro, egolatría, antropofagia, obsesiones teológicas, el agobiante topos del Paraíso Terrenal. Los dos últimos se combinan y repiten constantemente; en el Diario del Primer Viaje (Colón, 1982:132); a través de la Relación del Tercer Viaje (Colón, 1982:217-22), en fragmentos de cartas a los reyes (1498-1500); y aun convenientemente en carta al Papa Alejandro VI: "Creí y creo aquello que creyeron y creen tantos sanctos y sacros theólogos, que allí en la comarca es el Paraíso Terrenal". (Colón, 1982:286).

Este empleo de la repetición como enclave retórico y de poder textual está abusado astutamente en *El arpa y la sombra* para hacer de Colón un texto multinacional y una especie de "santo transnacional". Pero no hay que engañarse pensando que estas menciones

del Paraíso Terrenal, como el "desnudos como sus madres los parieron" (Colón, 1982:83 et passim), agotan la enfática buena intención del autor. García Márquez tal vez se base en estas repeticiones para afirmar en *El olor de la guayaba* que Colón es el personaje literario que más detesta, por "pavoso". Es así inevitable otear en estos *Textos* la psicología colombina y los matices de sus contextos. Mas la esencia de aquellos signos contradictorios se diluye, su singular universo —que representa la interposición de casi mil seiscientos años en el terreno de códigos morales y vitales entre él y esta lectura— se escapa a la observación actual.

En última instancia, a Colón sólo se le puede *releer* después de tantas lecturas normativistas o revisionistas. Sus notas al margen del *Imago Mundi* de Pierre d'Ailly (en su edición Varela recoge algunas de estas apostillas, junto a notas en italiano, recetas y "papeles" de Colón) simplemente aumentan las notas mentales que estos *Textos* sufrirán en lecturas actuales. Muchos textos pasan a oficiar como ayuda-memoria en la confrontación con un sinnúmero de lecturas previas de textos

colombinos. Al leer el documento del 10 de octubre de 1492 (Colón, 1982:28): "Navegó al Guesudueste. Anduvieron (...) 59 leguas. Contó a la gente 44 leguas no más. Aquí la gente ya no lo podía cufrir: quexábase del largo viaje, pero el Almirante los esforço lo mejor que pudo (...)", ya no se lee preocupación, error o buena intención de un hombre falible. Las lecturas biográficas modernas (Martini, 1974; Kenney, 1981) leen intratextos; o retornan a explicaciones reveladas en títulos como *Colón no descubrió América* (1974) de Manuel López Flores; o postulan una tesis como la de Ivan Van Sertima en su *Ils y étaient avant Christophe Colomb* (1981) y que sostiene que los africanos llegaron primero a América; o concluyen proyectos de otros libros, como *Colón y su secreto* (1976) de Juan Manzano, ampliamente discutido por otra biógrafa del Almirante (Mahn-Lot, 1979). Tal vez por esto Colón confiaba en los "poetas", y nada lo prueba mejor que la alucinante reconstrucción biográfica "Colón, el hijo del mar" de Huidobro.

Se disfrutará leer estos *Textos* sin andamiaje de otras lecturas; ya que es



Cristóbal Colón.

esclarecedor tener presente que los comentaristas de Colón no siempre están de acuerdo sobre cómo percibió la realidad novomundista (Olschki, 1941; Saint-Lu, 1981); especialmente cuando las connotaciones propiamente paradisiacas de las descripciones de los primeros contactos —maravillosa abundancia de flora y fauna, el estad(i)o inocente del indígena— no son tan evidentes como se supone. Lo mismo ocurre con la antropofagia (Hulme, 1978), ya que se puede precisar que Colón nunca la vio como forma con economía, sino como economía y cambio hacia mayor poder. Este poder se basó en parte en la fijación colombiana en las "naos" como tablas de salvación. Martínez (1983), al hablar de otros pasajeros con alucinante malabarismo intelectual de logística y estadística relativas a la apropiación de América, muestra lo tenue de la actitud colombiana, al confirmar que en el siglo XVI las "naos" ya eran por lo menos del doble del tamaño de la Santa María.

Por último, estos *textos* permiten ver cómo Colón interpretaba lo que le incumbía, cómo creaba metatextos. Si se recuerda que para sus comparaciones sus referentes eran obligadamente peninsulares, es igualmente factible que su fe sea forzosa y primeramente en sí mismo. Su sistema de significación —al convertirse de causa de apogeo en causa de decadencia— en verdad nunca lo desvaloriza. La editora se concentra en la etapa portuguesa de Colón, en sus tecnicismos; y trata brillantemente la fiabilidad de las copias de los textos colombinos, con excelente transfondo paleográfico. Pero en su su admitida minibiografía de Colón no encuadra la hermenéutica de éste. Todorov provee una clave en su polémico *La conquête de l'Amérique*:

Colon pratique une stratégie 'finaliste' de l'interprétation, à la manière d'out les Pères de l'Eglise interprétaient la Bible: le sens final est donné d'emblée (c'est la doctrine chrétienne), ce qu'on cherche c'est le chemin qui relie le sens initial (la signification apparente des mots du texte biblique) avec ce sens ultime. Colon n'a rien d'un empiriste moderne: l'argument décisif est un argument d'autorité, non d'expérience. (Todorov, 1982: 24-5).

Colón, extranjero en España, evidenció la más demente de las quimeras peninsulares e importó a América un enclave lingüístico cuya potencialidad revolucionaria y preñado contenido social se viene interpretando desde entonces. A pesar de verlo moverse, actuar, calcular, leer y vivir en estos *Textos*, y ver que sus expectativas no se concretizan, como muchas de hoy, al pretender medir sus códigos se comprueba que su metro siempre será otro.

Will H. Corral

Referencias

- Ezquerria Abadía, Ramón (1981). "Medio siglo de estudios colombinos". *Anuario de Estudios Americanos*, XXXVIII: 1-24.
- Hulme, Peter (1978). "Columbus and the Cannibals: A Study of the Reports of Anthropophagy in the Journal of Christopher Columbus." *Ibero-Amerikanisches Archiv* IV, 2: 115-39.
- Jitrik, Noé (1983). *Los dos ejes de la cruz: la escritura de apropiación en el Memorial, las Cartas y el Testamento del enviado real Cristóbal Colón*. Puebla: Centro de Ciencias del Lenguaje, Universidad Autónoma de Puebla.
- Kenney, Alice P. (1981). "America Discovers Columbus: Biography as Epic, Drama, History". *Biography*, IV, (Winter): 45-65.
- Mahn-Lot, Marianne (1979). "Christophe Colomb: un découvreur ou un simple explorateur?" En Georges Duby et al., *Les cultures ibériques en devenir: essais publiés en hommage à la mémoire de Marcel Bataillon (1895-1977)*, 467-80. Paris: Fondation Singer Polignac.
- Martínez, José Luis (1983). *Pasajeros de Indias. Viajes trasatlánticos en el siglo XVI*. Madrid: Alianza Editorial.
- Martini, Dario G. (1974). *L'uomo dagli zigoni rossi: Cristoforo Colombo visto fuori del mito*. Genova: Sabatelli.
- Mignolo, Walter (1981). "El Metatexto Historiográfico y la Historiografía Indiana". *Modern Language Notes*, XCVI, 2 (March): 358-402. (1982): "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista". En *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. Ed. Luis Iñigo Madrigal, 57-116. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Olschki, Leonardo (1941). "What Columbus Saw on Landing in the West Indies". *Proceedings of the American Philosophical Society*, LXXIV, 5 (July): 633-59.
- Saint-Lu, André (1981). "La perception de la nouveauté chez Christophe Colomb". En André Saint-Lu et al., *Etudes sur l'impact culturel du nouveau monde*, 11-24. Paris: Editions L'Harmattan.
- Todorov, Tzvetan (1982). *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre*. Paris: Editions du Seuil.

El fuego seco de la desgracia

Enrique de Jesús Pimentel es un poblaro que a los 30 años de edad entrega, en una agradable colección editada por la universidad local, su primera excursión poética: *Catacumbas*. ¿Y quién es este nuevo poeta que pretende armar su doble sintaxis —la literaria, la vital— con piezas que de suyo son estigmas inveterados como —por sus palabras lo conoceremos— *desgarradura, destierro, acecho, vaho, rumor, sal, calcio (cisne, ángel, bestia), brandy, carne, virgenes, ciegos, adulterio, muerte, sueño?*

Es un poeta que se define, que busca definirse, por una voluntad de desgracia. Pretende, con resultado aceptable, recuperar el camino de las trágicas, hermosas vocaciones románticas del tono más soterrado. Vivir para hacer un acopio de historias y encuentros personales desventurados que sean los leños con que forje lentamente su vida y su poesía, ambas por venir y ya inminentes, en el fuego más seco que podemos concebir: el de la desgracia pura. Como en varios de sus maestros, lo conozca él o no, hay una voluntad de fracaso anterior a los hechos: se ama (se vive) para sufrir y experimentar de tal suerte una esencial muerte erótica desde donde se escribirá. Entonces no importarán ni el tema del poema ni el desenlace de la historia vivida: será el momento de la posesión exacta de una vocación desgraciada capaz de personificarse en cualquier sujeto externo a ella que será, entonces, su motivo solidario. En Pimentel se reconoce la voluntad de acudir al llamado de la desgracia, tan inspiradora.

No obstante, la obra del nuevo poeta está todavía de este lado del infierno. Aún no ha acontecido dentro de ella (sin que exista una forzosa relación autobiográfica) el hecho letal que justifique y sostenga la visión sombría que acoja dentro de sí a todo el universo que quepa dentro del horizonte del autor. *Catacumbas* no es el lugar donde ocurre la desgracia fundamental de Pimentel; es, en cambio, el espacio donde se le conjura aplicadamente, el tiem-

▲ Enrique de Jesús Pimentel, *Catacumbas*, Universidad Autónoma de Puebla, México, 1984.